más fecunda de su trabajo. Algunos rasguños de compasiva ironía como cuando dice: "Ese ángulo triste entre tu seno izquierdo y mi desgracia" (pág. 47). Algunas definiciones frescas y alegres: "el mar: ese hablador de espumas" (pág. 15). Y quizás, como en el poema Erótica, la viñeta de un juego, en el cual la descripción de la escena es también un guiño de ojos al lector vuelto cómplice.

El giro de la puerta aclaró -con un pase de magia del zócalo y el quiciotu desnudez aduraznada de mujer tendida entre el norte y el sur de un lecho con sábanas venidas de imposibles orillas de lo blanco. Era el final: Tú estabas en las jurisdicciones de mis manos, en mi zona de fuego, a un paso demasiado corto de mi aliento

Como se ve, la primera parte resulta convencional, y harto previsible. Es en los seis versos últimos donde el poema se abre, en la cariñosa dualidad con que toda poesía se mira a sí misma a través de su espejeo reflexivo. Pero estos hallazgos no deben hacernos olvidar aquel poema, Dos esquemas para una biografía de la noche (págs. 17-20) donde, a mi parecer, se vislumbran mejor los auténticos acentos de su poesía.

y feliz por la inminencia del

peligro (pág. 23).

Escrito con una fluidez mayor, y una entonación más ancha, en él Iriarte deja atrás las postales playeras o los boleros lacrimógenos, y se propone, con mayor seriedad creativa, afrontar un tema propio. Esto no quiere decir que lo alcance plenamente. Sí que aquí es factible percibir el peso de una palabra renovándose al contacto con un motivo secular. Algo de un Lezama, muy válido,

parece asomar en fragmentos como estos:

La noche sin embargo

los ríos,
nace
en cualquier luna húmeda de
espejo,
crece silenciosa por entre las
rendijas
que le deja cómplice la tarde,
como un líquido triste,
y asume luego su destino por

sí sola. (pág. 18).

tiene un enorme parentesco con

Ese clima logrado se frustra luego, cuando queriendo apresarla en una definición, la llama filosóficamente, "Un absoluto religioso que no requiere fe", pero aún allí hay esa aura de sacralidad vacía y sin embargo perceptible que ha logrado comunicarla a este texto, recordándonos como "todos tenemos nuestra carga de noche a las espaldas". Son, por cierto, estas verdades, elementales y cotidianas, las que podrían adensar una poesía todavía contagiada por los brillos del fácil inmediatismos pero también consciente del largo camino que es necesario recorrer para obtener no una luz sino una oscuridad propia. Es al leer textos como esos cuando la poesía cambia y el lector no sigue siendo el mismo. Los otros son, apenas, ejercicios para librarse de las inevitables y malas lecturas y aprender, por sí solo, a leer dentro de sí mismo.

J. G. COBO BORDA

## Un destacado trabajo

Santander siglo XIX. Cambios Socioeconómicos David Church Johnson Carlos Valencia Editores, Bogotá, 1984, 309 págs.

El libro de Johnson viene a llenar un vacío importante en los estudios regionales de historia colombiana que hasta ahora no habían aplicado los principios de la historia científica en

lo que respecta al siglo XIX, a la vasta región comprendida entre Boyacá y la frontera venezolana. Es un estudio sobre el fracasado experimento liberal en esa región entre 1856 y 1885, y por lo tanto arroja mucha luz sobre el régimen federalista y su reemplazo por el centralismo de la Regeneración.

Se divide en dos partes: una primera dedicada básicamente a los aspectos políticos y a las medidas gubernamentales (capítulos II a V y VII), y la segunda, que se concentra sobre la economía y diversos aspectos sociales (capítulos VI y VIII). Las dos partes tienen aproximadamente el mismo número de páginas, y el juego de relaciones entre ambas es constante a lo largo de la obra.

Para la reconstrucción de los procesos políticos y de la ejecución de medidas del gobierno, Johnson utilizó extensamente la prensa periódica y otras publicaciones sueltas de aquella época, complementando así la información formal de las memorias anuales que los presidentes del estado de Santander presentaban a las asambleas. El lector puede seguir paso a paso cuándo surgieron por primera vez ciertas ideas liberales en la prensa, el largo proceso de su promulgación en leyes, y finalmente las dificultades para su puesta en práctica, que casi siempre terminaron con el rechazo o abandono de la medida. Para quien se interese en el porqué de la inoperancia de las leyes, los capítulos IV, "La utopía y la práctica", y v, "El impuesto único y la rebelión", son de lectura obligatoria, pues los "paquetes legislativos" que se siguen aprobando en la actualidad manifiestan la misma ineficacia que los proyectos liberales del Santander del siglo XIX.

En cuanto a la economía, es mu completa la exposición sobre la artesanía de sombreros (págs. 144 a 155), y sobre la de telas el autor se esforzó en recopilar la escasísima información dispohible. En el caso del tabaco, se plantea el argumento convincente de que las dificultades de transporte impidieron que se convirtiera en artículo fundamental de exportación. Señala, entre las causas de ese fracaso, el hecho de que fuese sem-

brado por pequeños cultivadores, "lo que [muestra, por otra parte], la naturaleza esencialmente democrática del cultivador santandereano" (pág. 139). Tal aseveración debió haber sido explicada más.

Para la historia social y económica, lo más valioso del libro se encuentra en el último capítulo, donde Johnson establece una cuidadosa comparación entre San Gil y Cúcuta, basada en los registros notariales (págs. 245 a 265). Se descubren aspectos sobre las propiedades, las familias dirigentes, la presencia de los extranjeros, las firmas comerciales, cuya consulta es indispensable para cualquier estudio futuro sobre la región. Se debe mencionar que el autor expone sus métodos y las limitaciones de su información, lo que permite al lector apreciar en su verdadero alcance la novedad de los datos presentados.

No cabe la menor duda acerca de la trascendencia del experimento liberal en Santander. Sin embargo, nos parece que Johnson la exagera un poco. Santander sólo fue uno de los varios "conejillos de Indias" (pág. 26) para probar las ideas liberales del laissez-faire. Otras regiones, como Ambalema, con la supresión del estanco del tabaco, realizaron experimentos no menos importantes. Así que de ninguna manera resulta justo afirmar que "si funcionaba en Santander, funcionaría en todo el país" (pág. 25), porque algunos ensayos análogos fueron simultáneos, cuando no anteriores.

Para el lector santandereano es muy grato oír "hasta qué grado Santander y sus políticos dominaron a Colombia desde la Convención de Rionegro hasta la Regeneración de Rafael Núñez" (pág. 27). No obstante, esto no se ajusta a la realidad. Distinguidos santandereanos participaron en el gobierno nacional durante este período, pero no menos ilustres fueron los representantes de otras regiones, empezando con el general Tomás Cipriano de Mosquera. Tampoco es claro que Manuel Murillo Toro, por haber sido el primer presidente del estado de Santander, haya necesariamente acogido las inquietudes de esa región cuando asumió la presidencia de la república, pues, además de haber nacido en el Tolima, tuvo una formación santafereña.

Este libro se habría enriquecido si el autor hubiera usado las publicaciones de otros investigadores nacionales que en los últimos años han hecho notables contribuciones. Se cita a Marco Palacios en la bibliografía, pero no se incorpora su material al hablar del café. Desde 1979 José Antonio Ocampo viene publicando estudios estadísticos del comercio exterior que han culminado en su obra Colombia y la economía mundial, 1830-1910, en la que aporta nuevas cifras, tanto para productos individuales como para volúmenes totales, que obligan a una revisión profunda y radical de todo lo que se ha publicado hasta ahora sobre comercio exterior colombiano durante el siglo XIX.

En conclusión, Johnson se ha destacado con un trabajo muy valioso que será de consulta indispensable para cualquiera interesado en los temas económicos, sociales y políticos de esa región entre Boyacá y la frontera venezolana. Es de esperarse que otros historiadores hagan estudios con el mismo rigor para la primera mitad del siglo XIX y para el período de la Regeneración. Finalmente, merece felicitaciones Margarita de Lleras por su excelente traducción de un texto muy exigente.

RENÉ DE LA PEDRAJA TOMÁN

## El ojo de los franceses

Recuerdos de la Nueva Granada Pierre d'Espagnat Ediciones Incunables, Bogotá, 1983, 317 págs.

Viaje y estancia en la Nueva Granada Augusto Le Moyne Ediciones Incunables, Bogotá, 1985, 243 págs.

Viaje a la Nueva Granada Charles Saffray Ediciones Incunables, Bogotá, 1984, 352 págs.

En el siglo XIX, los libros de viajes llenaban una función vital, que ha ido desapareciendo poco a poco, hasta extinguirse casi completamente en nuestra época de cine y televisión. Por ese entonces, centenares de extranjeros describieron a Colombia: habían venido como mineros, funcionarios diplomáticos, profesores contratados por el gobierno; algunos simplemente como viajeros, que regresaban y escribían sus relatos e impresiones para las revistas especializadas, los National Geographic de la época: La Tour du Monde, sobre todo, de donde eran traducidos y publicados en revistas españolas.

Augusto Le Moyne vino al país a finales de 1828 y aquí permaneció hasta 1839. Era el secretario de la legación de Francia y fue encargado de negocios. Continuó su carrera diplomática en otros países americanos y, ya retirado y anciano, escribió y publicó, en 1880, un libro de viajes por varios países, del cual se extrajo la parte sobre Colombia, que la Biblioteca Popular de Cultura Colombiana editó, en 1945.

La larga estada le permite dominar el tema; sus comentarios muestran un conocimiento maduro y reposado del país. Le Moyne narra, como se hizo ritual, la llegada a Santa Marta y el largo y desesperante viaje por el Magdalena: casi dos meses de ascenso, en un champán impulsado por doce bogas negros, la convivencia con los cuales hostiga al francés.

Las obscenidades de los negros, el paisaje tropical, la novedad de la comida, los pueblos bucólicos y adormecidos, los caimanes, las tormentas, las borracheras de los bogas, las amenazas de un cura cuando no se arrodillan en una procesión, un negro que toca un violín en una playa perdida del Magdalena, el ajiaco, golpean la sensibilidad del joven diplomático. Después de relatar el remonte del río, Bogotá retiene su atención. La descripción de la ciudad es prolija, detallada, perceptiva: habla de las construcciones, los vestidos, las comidas (empezaba a conocerse el pan francés), los espectáculos, las fiestas religiosas, los bailes,